

Los mercaderes y los clérigos piensan el mundo

¿Qué visión del mundo tenían los mercaderes de la Baja Edad Media? El mundo era algo desconocido y que se debía conquistar. El mercader se convirtió en un personaje que realizaba operaciones complicadas, y utilizaba el cálculo para obtener mayores ganancias. Era un hombre que no temía los desafíos y conquistaba el tiempo y el espacio. En intrincadas operaciones mercantiles, se extendió no sólo por el espacio hanseático del Mar del Norte y el Mediterráneo –donde dominaban los mercaderes italianos– sino que se lanzó hacia lejanos y peligrosos mercados a fin de lograr las mayores ganancias. Prueba de ello es el fabuloso viaje hasta China de Marco Polo, que incitó a tantos otros intrépidos mercaderes a lanzarse a la conquista de la ruta de las especias.

El mercader errante estaba sometido, como el campesino, a la imprevisibilidad de los fenómenos naturales. Pero, a diferencia de este, en su actividad profesional el tiempo era muy importante y la duración de un viaje por tierra o mar exigía un cálculo muy preciso. De estos cálculos, entonces, dependían el fracaso o el éxito de la operación.

¿Cómo eran el tiempo del campesino y el del trabajador urbano? El trabajo rural se medía en jornadas, de sol a sol. Había una relación directa con el tiempo meteorológico, es decir, las fuertes lluvias o las nieves del invierno.



Florece las ciudades

Un crecimiento urbano sin precedentes se originó en el mundo cristiano a partir del pleno auge de la agricultura que permitió abastecer amplios mercados, y del empuje demográfico. La expansión de los intercambios comerciales y el exceso de población rural posibilitaron la ampliación de núcleos urbanos ya existentes. Pero lo más espectacular fue la creación de nuevas ciudades, a partir de mediados del siglo XI. Sus nombres reflejan claramente su origen, la fortaleza que las dominaba o, cada vez más, los privilegios y libertades obtenidos de los señores: Villanueva, Villafranca.

Así, algunas surgieron como espontáneas aglomeraciones comerciales a lo largo de los ríos, en el cruce de caminos, cerca de algún puerto donde llegaban o pasaban las caravanas de mercaderes. Otras se desarrollaron a lo largo de las rutas de peregrinación, como la de Santiago de Compostela. Esta ciudad, al mismo tiempo que centro religioso, fue un activo núcleo artesanal y comercial del norte de España.

En muchas ocasiones, las ciudades crecieron alrededor de monasterios o castillos y ampliaron sus murallas formando un burgo, alrededor del cual se construyó una nueva fortificación. Entonces, a sus habitantes se los llamó *burgueses*. Son estas nuevas murallas, con sus nuevos barrios, las que definen las nuevas ciudades: la muralla y la puerta constituyen así defensa y protección de las riquezas y de quienes habitan en ellas.

Actividad N°2 de historia
Profesora Fernandez Silva.

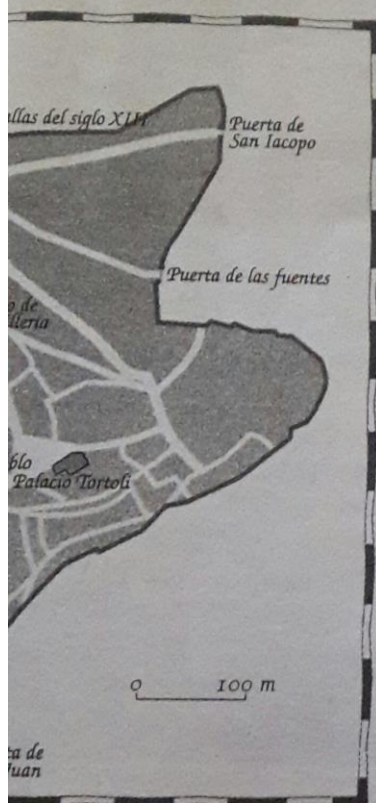
Florecen las ciudades.

- 1) ¿Que lugares demográficos se eligieron para levantar las ciudades?
- 2) ¿Cual era la función económica de las ciudades?
- 3) ¿Cual fue la asociación de mercaderes más importantes?
- 4) ¿Como eran los tiempos del campesino y del trabajador rural?
- 5) Describe en un breve resumen acerca de la epidemia de 1348, destacando porque se produce? en donde se origina? que agentes transmisores las emitían? cuales fueron las medidas sanitarias?

El trabajo artesanal

Junto con las actividades comerciales y artesanales, surgieron en las ciudades medievales las corporaciones de quienes practicaban un mismo oficio. En un primer momento se constituyen como asociaciones de ayuda mutua y de defensa; primero las de los mercaderes y más tarde las de los artesanos. Una de las asociaciones de mercaderes más importantes fue la Hansa, que unía a las ciudades del Mar del Norte y, a través de las enormes ventajas adquiridas, dominó su comercio.

En las corporaciones gremiales artesanales, surgieron acuerdos básicos para el ejercicio de la profesión: por ejemplo, adquisición en común de las materias primas así como la cantidad de productos que se podían elaborar, su calidad, los precios y los salarios. Además, cuestión muy importante, se determinaba el número de personas que se permitía incorporar al oficio, pues nadie podía ejercerlo si no pertenecía a la corporación. En el siglo XIII, las exigencias que debía cumplir un aspirante hasta llegar a ser maestro artesano y ejercer libremente la profesión, fueron cada vez más complicadas e hicieron del gremio una asociación cerrada. El control que ejercían en las ciudades lo extendieron también a



La ciudad generó un impulso constructor de viviendas, muy en particular de catedrales, que tendrá su apogeo en el siglo XII. Las murallas de la ciudad acogían a siervos y campesinos que escapaban de los señores. Permanecer un año y un día allí evitaba que el señor reclamara por él.

Si bien "el aire de la ciudad hace libre", es decir, daba posibilidades de libertad, el campesino, por lo general, quedaba encadenado a la servidumbre del trabajo en el taller artesanal.

Estas ciudades medievales tenían fundamentalmente una función económica: eran centros de consumo, intercambio y producción artesanal. Con el taller artesanal, las ciudades pañeras desarrollaron una especialización y una división del trabajo, favorecidas por la creación de nuevas técnicas y el empuje mercantil. El molino de agua no sólo transformó la economía rural, sino también la industria artesanal urbana: al mismo

tiempo que los molinos harineros eran indispensables para una población urbana en aumento, el molino de batán, también hidráulico, lo fue para el taller textil, pues estaba provisto de mazas que golpeaban los paños y batían el tejido mecánicamente.

La aristocracia, incitada al consumo que los nuevos mercados le ofrecían, y la nueva clientela burguesa, produjeron un cambio en las modas y los gustos, y el desarrollo de otras industrias refinadas como el curtido del cuero y la peletería.

A partir de 1348, y en diferentes momentos a lo largo del siglo, se produjo una terrible devastación de la población europea, provocada por la peste bubónica o "peste negra". Esta epidemia, originaria de Asia y transportada por los viajes de los mercaderes, se propagó inmediatamente por una Europa mal alimentada, causando verdaderos estragos. Aunque la medicina había hecho progresos, se ignoraba que las pulgas y las ratas eran los agentes transmisores de la enfermedad. Por lo tanto, las medidas sanitarias empleadas en la época, que consistieron en cerrar las murallas de la ciudad y prohibir la entrada de extranjeros, no dieron resultados favorables. La peste llevó a las clases acomodadas urbanas, a buscar

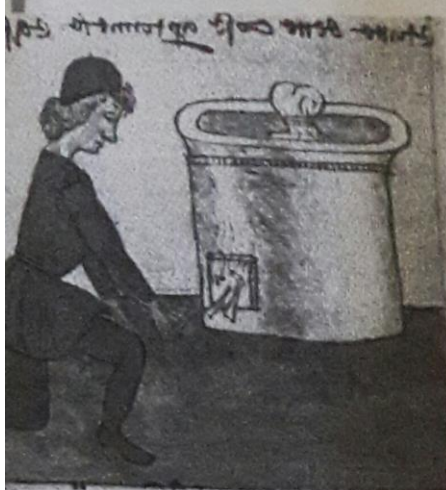


refugio en el campo, para huir del contagio de las ciudades. Los campesinos hambrientos realizaban el trayecto inverso hacia las ciudades para calmar su falta de alimentos, pero las ciudades estaban superpobladas y carecían de condiciones higiénicas. En estos movimientos migratorios es muy difícil determinar qué población sufrió más la peste. De todos modos, los cambios que produjeron estas migraciones fueron muy importantes, ya que una parte de los campesinos que se fue a la ciudad, ya no volvió a su lugar de origen. Es que en el campo también se habían producido cambios. Los campesinos sin tierras comenzaron a ser expulsados por un lento proceso de cercamiento de los terrenos, que provocó la pérdida de los derechos comunales. Es por eso que la ciudad presenta para ellos múltiples atractivos y grandes posibilidades. Pero, en realidad, la rígida organización de las corporaciones dominantes sólo incluía a estos campesinos como asalariados, en los escalones más bajos del trabajo artesanal y sin los beneficios del gremio.

Las epidemias eran consideradas por la opinión popular como un castigo divino por la corrupción en las costumbres, los pecados y el alejamiento del recto camino hacia Dios. Sin embargo, esto no dio lugar, como contrapartida, a una vida moral más cristiana. Hubo, sí, algunos movimientos, como el de los "flagelantes", que recorrieron gran parte de Europa, desnudos, azotándose con látigos, gritando y cantando.

El sentimiento general era de incertidumbre ante la vida, que podía perderse en cualquier instante; esto generó una gran sensación de inestabilidad. El miedo al contagio rompió los vínculos familiares y los lazos de solidaridad. Y, en medio de tanta desazón, se buscó a los culpables de estas calamidades: los judíos, los moriscos, los extranjeros. Aunque debemos tener en cuenta que, muchas veces, esos rechazos ocultaban intereses económicos, fundamentalmente se instaló el miedo al otro, al distinto.

La peste negra instaló en la gente de cualquier posición social la conciencia de la fragilidad de la vida. Esto se ve en la pintura, donde abundaron las escenas de esqueletos danzando o transportados en carretas por la Muerte.



no interrumpían la labor agrícola. En cambio, en el taller urbano, las campanas regían el ritmo laboral: marcaban la hora de ir al trabajo por la mañana, la hora de la pausa y el momento de dejar la labor. Y con la extensión del uso de las velas, el trabajo será también nocturno; por tanto, en la ciudad, será la corporación la que marque el ritmo laboral.

¿Cómo se imaginaban la sociedad los hombres de la Iglesia? Cuando comenzaban a vislumbrarse las transformaciones producidas por la expansión económica, los clérigos describían, en el siglo XI,

una sociedad tripartita. En ella unos oran, otros combaten y otros trabajan. Estos últimos debían producir y preparar el alimento para los demás. Pero este modelo de sociedad estaba concebido también como una unidad, como un organismo que debía funcionar perfectamente a semejanza de lo que veían en el firmamento: así como los astros y las estrellas ocupaban su lugar sin chocarse, cada una de las partes de la sociedad terrena estaba obligada a cumplir su función, a fin de mantener la unidad y el orden. En este esquema compuesto por los clérigos, cuya función era orar por la salvación eterna del mundo, y la nobleza, que era el brazo armado defensor de la cristiandad, hacia el siglo XIII los burgueses son integrados junto con los siervos en un tercer estado. Esta organización social continuará vigente hasta las revoluciones burguesas del siglo XVIII.